

Sarmiento, polifacético y redivivo a dos siglos de su nacimiento

POR **HERNÁN LUNA** (*)

Resumen

Es útil y bello recordar estas vidas ejemplares que fortalecen nuestra flaqueza y calman nuestra inquietud; para curarnos de la misantropía, recordando a los jóvenes que hubo un tiempo, no tan lejano todavía, en que este país era un vivero de grandes hombres. Hoy necesitamos recurrir a estas reservas sagradas para saldar el déficit espantoso de la actualidad.

Palabras Claves: Sarmiento — polifacético — redivivo — educador — instituciones

Sarmiento, polyvalent et revivre deux siècles après sa naissance

Résumé

Il est utile et beau de rappeler ces vies exemplaires qui renforcent notre faiblesse et de calmer nos inquiétudes, de nous guérir de la misanthropie, rappelant que les jeunes il fut un temps pas si loin encore, que ce pays a été un foyer de grands hommes. Aujourd'hui, nous avons besoin d'utiliser ces réserves pour rembourser le déficit sacré aujourd'hui terrible.

Mots-clés: Sarmiento — polyvalent — relancé — éducateur — institutions

Sarmiento, polifacético y redivivo a dos siglos de su nacimiento

Nuestro héroe es una cumbre alta y pintoresca; subamos hacia ella con piernas de alpinistas y corazón de argentinos.

Sarmiento pertenecía a esa clase media, pobre, ambiciosa y rutinera, pesada y lenta como una carreta; pero en cuyo seno fuerte está la galladura y la gordura de la raza.

Su padre no lo estorba; lo deja andar, hacia donde su estrella lo llama. Cuántas veces la intervención torpe de los padres malogra el destino de los hijos.

Su carácter revoltoso lo obligó a huir a Chile a los 20 años. Fue maestro en Los Andes. Era tan menospreciado ese cargo, en aquel tiempo, que en Chile se condenó a un ratero a ser maestro durante tres años. En aquella aldea Sarmiento vivió un romance que le dio posteridad.

En Copiapó, en la noche profunda de una mina, en horas restadas al descanso, traducía a Walter Scott, bajo la luz de un candil. La tifoidea lo dejó allí medio loco. Casi murió, y lo llevaron a San Juan, donde vegetó en una vida oscura. Fue “un alma perdida en el bosque de las almas”.

De nuevo en Chile, el huésped empezaba a molestar; era un “amigote” comprometedor; él lo sabía y se comparaba con Hércules que hacía con su peso zozobrar los barcos; obligando a sus compañeros a desembarcarlo. Rosas estaba furioso; pedía su extradición. Su protector Montt, no sabía ya qué hacer con este hombre a quien le tapaba la boca con las dos manos para que no vociferase. Entonces, para alejarlo, se le confió la “misión” de estudiar en Europa la educación popular.

Su visita a España removió sus ideas y prejuicios. Su godofobia no era propiamente aversión a España, sino a las ideas predominantes en ella. En Madrid quedó encantado con los españoles que trataba. Con el tiempo ese prejuicio desapareció en él. Fue una forma corporizada de su odio al

(*) Profesor Ordinario Titular de Derecho Político Provincial y Municipal. Cátedra II y Profesor Ordinario Adjunto de Historia Constitucional. Cátedra I. Facultad de Cs. Jurídicas Y Sociales. U.N.L.P.

despotismo y a la ignorancia. Nadie más español que él. Era un sarmiento de las cepas malagueñas, retoñado en las viñas de San Juan. Y todo lo que decía contra España le caía sobre la cabeza de él, que era el más genuino y soberbio ejemplar de caballero español que ha producido América; un caballero de la Mancha, hijo de Sancho y nieto de Quijote, con el realismo del padre y la noble empresa del abuelo.

Viaja con la nariz pegada al vidrio, absorbiendo el paisaje. Todo lo atrae, todo despierta su apetito. Abre la boca delante de todas las vidrieras, de todas las estatuas, de todas las mujeres. Tiene una sensibilidad virginal, una curiosidad insaciable. Sus viajes son como los de Ulises, menos penosos, pero son los viajes del hombre fuerte y predestinado. Es admirable la cultura a que ha llegado este hombre joven con sólo sus lecturas desordenadas. Y lo ayuda su osadía candorosa. Conversa con Lesseps, con Cobden, con Pió IX, con Thiers, con Guizot, sin cortedad, de igual a igual, con esa seguridad que le viene de sentirse un hombre de primera fila, un par entre sus pares.

En París se le escapa este grito juvenil: "Si tuviese sólo cuarenta mil pesos, nada más, ¡qué año me daba en París! ¡qué página luminosa ponía en mis recuerdos para la vejez!". Así decía aquel mocetón de 36 años por cuyas venas jóvenes corría la sangre violenta de los sarmientos de San Juan. Es el grito de toda la juventud pobre, fecunda y fuerte. Ese hambre de placer que la pobreza deja sin saciar, ésa es tu futura gloria, joven de veinte años que miras con glotonería en las vidrieras del amor. Más tarde ésa será tu fuerza. Aquella ansia insatisfecha se habrá convertido en el mármol o en el poema que te dará la gloria. Y en tu atardecer sereno, recordarás con fruición y sin remordimientos el beso que no pudiste dar en tu ardiente primavera.

Vuelto a Chile permaneció allí tres años más. Chile ha sido su hogar y su escuela. Los emigrados argentinos fueron tratados por la sociedad y el gobierno de Chile con esa delicadeza cordial con que los españoles y los árabes sabían agasajar a sus huéspedes. Muchos exilados argentinos tuvieron su cubierto siempre puesto en la generosa mesa chilena, y la casa de la señora de Toro era un islote argentino donde nuestros naufragos políticos encontraban siempre su rincón de hogar.

La tiranía de Rosas tocaba a su fin; todo pasa, hasta el miedo. Sarmiento sintió siempre la fascinación de Rosas, lo execraba, pero lo admiraba. Rosas preparó, tal vez sin quererlo ni saberlo, la organización del país al cimentar de hecho su autoridad en el orden nacional, más que Rivadavia con su constitución.

Tal vez su obra fue más instintiva y brutal que reflexiva y orgánica, pero tendió a ese fin, llenó esta misión. Mas le faltó el ideal. Cumplió una alta misión, pero la cumplió execrablemente. Y su fracaso consistió en que su gran voluntad, su clara inteligencia realista fueron malogradas por un corazón estúpido.

De regreso a la patria. Sarmiento fue recibido con desgano por Urquiza. Le había dedicado "Argirópolis" que el libertador nunca recordó ni agradeció. Lo ignoraba como publicista; para él Sarmiento era "el pobrecito hablador". Urquiza no creía entonces en Sarmiento. Lo nombró algo irónicamente boletínero del ejército. Fue una decepción, pero el boletínero hizo famoso el boletín. Cuando un hombre tiene fuerzas, sube por cualquier parte. En la marcha se criticaba al boletínero su silla inglesa, la capa, el quepis francés.

Era el tipo divertido de la expedición, el regocijo de los fogones.

Sarmiento el educador no había sido educado. Cinco grandes presidentes argentinos son ajenos a la Universidad: Rivadavia, Urquiza, Mitre, Sarmiento y Roca; sin embargo, fueron grandes fomentadores de la instrucción pública.

En Chile se ha formado el educador, y se ha formado educando. Se salvó de la petulancia del pedagogo. "Su modo de enseñar era como de persona que tiene autoridad y no como los escribas". Tenía cierta ingenuidad que le permitía comunicarse con los niños. Sentía la furia de saber, mordió la manzana del saber con todos sus dientes. Y quería enseñar lo que sabía; tenía la misericordia de enseñar. Sarmiento luchó por la libertad de su pueblo, comprendiendo que la solución no estaba

sólo en el cambio de gobierno, ni en aisladas reformas constitucionales, ya que la causa permanente seguiría actuando. Por eso él se fue a la misma raíz, atacando la ignorancia y la pobreza que habían producido aquellos efectos, y las atacó concretamente. Atacó la ignorancia predicando la cultura y enseñando él personalmente. Atacó la pobreza predicando el trabajo y haciéndose él mismo obrero, obrero del pensamiento y obrero manual, introduciendo industrias y fomentando de mil modos la producción de la riqueza. Su fórmula está cada vez más a la orden del día: “educar al soberano”, ni suprimirlo ni darle tutores, sino educarlo.

Y dijo, con acento bíblico: “Donde quiera que se reúnan seis personas para tratar de educación yo estoy con ellas y recibo mi parte”. Así como dicen que Jesús está presente hasta en el más humilde de sus sacerdotes, así también Sarmiento lo está en el más humilde de los maestros, hasta en el último pedagogo que da su clase tiritando de frío entre la nieve de la Patagonia, hasta en aquella maestría que se muere de hambre en la escuela de provincia donde gobiernos inconscientes le dan magros sueldos; en todos ellos, está presente y viva el alma docente de Sarmiento. Y así como Facundo, más que un hombre, ha llegado a ser un mito —la concreción de la barbarie para poder golpearla— así también Sarmiento es un símbolo al que se prestan las líneas casi brutales de su cuerpo y de su espíritu.

Su pluma tenía, como las espadas de combate, filo, contrafilo y punta. Casi todos sus libros son alegatos; no escribió ninguna página de pasatiempo. Su pensamiento era acción. Se descongestionaba escribiendo. Escribir era en él una necesidad orgánica. Producía de la primera napa. El rebuscamiento hubiera sido dañoso en una naturaleza tan espontánea.

Así, pintó la pampa antes de verla, por información de militares y de arrieros, con adivinación genial, y describió el desierto con pasión de beduino. Habló sobre todas las cosas útiles y bellas. Fue un pájaro que cantó sobre todas las ramas donde brotaba una flor.

Trabajaba en los hechos como un biólogo sobre un cadáver, hacía la autopsia de lo fáctico. Y a veces la autopsia de los hombres o su vivisección. Por eso gustaba de la biografía. Escribió la propia; en su vocación docente no podía faltar la enseñanza por el ejemplo de las vidas ilustres y de su propia vida. El dio a la Argentina la conciencia de su valer; las ideas que andaban por ahí sueltas y confusas se hicieron en el tangibles y claras, se hicieron persona.

Esas ideas él las sembraba sacándolas como semillas de todos sus bolsillos. Su estilo no ha envejecido porque no se cubría con adornos ni caprichos; tiene la inmortalidad del desnudo.

Todas nuestras instituciones están penetradas por su espíritu. Fue el divulgador de la Revolución. Sintió hondamente la emoción de la nacionalidad. Hizo su grande y pintoresca excursión por la tiranía, y escribió su inmortal novela histórica del Facundo con descripciones homéricas de cosas que no había visto y de hombres que no había conocido.

Su instante de plenitud debió ser el engendro de “Facundo”. Hay en el origen de las grandes obras un momento superior: es la hora divina del génesis.

Fue periodista como un complemento del maestro, para extender su labor docente para agrandar su escuela, para divulgar. Y también para combatir. Era tan periodista como maestro. Era el periodista de vieja estirpe, que prolongaba en el diario la lucha del parlamento y de la plaza. Su estilo era adecuado para la lucha y se resentía de la premura del oficio. El gran libro de su vejez fue “Conflictos”. El joven pintor se ha convertido en un viejo filósofo y lo que en Facundo era un cuadro, en “Conflictos” es una teoría. Pero Facundo es su trabajo capital, lo que quedará de él.

El gobernante tuvo un exacto sentido de su dignidad y de su deber; dijo que podía hacer el bien porque sabía en qué consiste. El presidente no tuvo amigos. “Fui nombrado presidente de la república y no de mis amigos”. “Un jefe de estado, dijo, debe ser como Melchisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía”. Porque los buenos gobernantes suelen ser malos parientes.

Su presidencia fue dramática por las revoluciones, pestes, atentados y peligros de guerra. Al asumir el gobierno, se educaban treinta mil niños y al bajar, cien mil. Su gobierno revienta las calderas; ferrocarriles, escuelas, bibliotecas, observatorios astronómicos, sabios importados. ¿Ha vuelto Rivadavia?

Nuestros hombres públicos ejercen por lo general una acción política discontinua y episódica. La falta de contacto con la cosa pública les hace perder la mano. Sarmiento fue, como Mitre, un político por excelencia, desde su niñez hasta la muerte. No perdió contacto con la cosa pública, sea como gobernante, o como opositor, en el parlamento, en el diario, en la plaza y en el libro. Se diferencia de Rivadavia en que lucha por la utilidad inmediata y asequible. Está en el porvenir, pero sin descuidar el presente. Sus rasgos prominentes de hombre público son: su amor a la paz, su espíritu nacionalista y su vocación de educador. No sentía el ridículo que paraliza a los débiles; lo que es grande no es ridículo y no teme al ridículo. Por eso nadie se burla de él cuando en la elección de 1886 para diputado nacional fue derrotado por un señor X, quien debido a este accidente tuvo la poca suerte de pasar a la historia.

No era puro como Belgrano y San Martín. Cuando faenaba, se metía en el barro hasta las rodillas y los codos; pero era el barro noble de los constructores.

Era ejecutivo y feroz frente a la anarquía. No participó en la ejecución del Chacho, pero lo hubiera hecho con placer y cuando Irrarázabal lo degolló y clavó su cabeza en una lanza aplaudió el hecho *por su forma*. Supo defender primero la libertad contra la dictadura y después el orden contra la anarquía. Tiene hecha carne la idea del gobierno fuerte que trae de Chile con el ejemplo de los gobiernos de Bulnes y Montt y de Johnson en los Estados Unidos, y porque, en definitiva, no es Rosas lo que más lo asusta sino la anarquía.

A veces, en la exaltación de la polémica, las altas horas lo encuentran escribiendo, lanza carcajadas, golpea y grita. Está dando a luz los hijos de su espíritu. Aquellos hombres vivían a la intemperie, sobre los grandes caminos de la proscripción y la miseria. Hablaban con unción de la libertad y la escribían con mayúscula, porque habían sentido la tiranía en los huesos y el estómago. No tenían por aquella ese desprecio de las generaciones que no han sufrido su ausencia y que añoran la dictadura, como un capricho infantil, como esas mujeres histéricas que necesitan el hombre que las golpee. Fue un hombre "humano" de "humus", tierra, producción ingenua y fuerte de la tierra madre, pero producción violenta y catastrófica, porque él era sin duda de formación volcánica. Se veía con evidencia en sus ángulos, en sus aristas y en sus puntas, en sus silencios y en sus estallidos, la tragedia del parto de la tierra.

No vivió en la torre de marfil, que sólo conviene a los poetas. No tenía casi vida privada; dormía en el foro. O andaba por las travesías y los montes, arrojado de su patria, alimentándose como el Bautista, de langosta, miel silvestre y esperanzas.

Porque casi siempre el hombre nuevo es un exilado o un desertor de su fila o de su clase. Entonces se predica en el desierto, que es la manera heroica de predicar. Andaba solo y hablaba fuerte; hablaba con acento dogmático, pero veía con gran sinceridad. Su fuerte personalidad no podía amarrarse a ningún *ismo*. La polémica era para él una necesidad, una fiesta, era su gimnasia sueca, le hacía circular la sangre.

Y siguió luchando hasta la ancianidad en varios frentes a la vez. Lo rodeaban en círculo sus enemigos y él en medio se batía solo contra todos, como el gaucho matrero rodeado por la partida, con el facón y el poncho. Pero este luchador no seducía; ni era un conductor que fuese a la cabeza enseñando el camino. El hacía algo más: hacía el camino y el puente y la multitud pasaba.

El, que bregó tanto contra la anarquía fue, en cierto modo, un fruto de la anarquía reinante. No era el hombre catalogado de la vida inglesa, educado en Eton y Cambridge, que marcha sobre rieles. Sarmiento no tiene capilla religiosa, ni partido político, ni escuela literaria, ni butaca social. Es una gran fuerza perdida que busca su dirección y al fin la encuentra. No era un artista de la palabra; ni

tenía la estéril fecundidad del orador de esquina; le faltaba también la premeditación y el artificio. Pero tenía una gran memoria y una gran autoridad. Su elocuencia era como una fiesta improvisada; su voz carecía de gorjeos; pero tenía un áspero sonido de rebato, como las campanas del Cabildo. El discurso con que cerró la convención del 60 fue la emoción más honda de la reconstrucción nacional. La oración a la bandera es la culminación de su vida y de su espíritu.

Su arco se tendió. Y él se elevó como en suspensión mística. En ese momento de suprema unción, se ha encontrado a sí mismo y se ha puesto en contacto con su pueblo. Ya nada podrá separarlos, ha penetrado en el corazón de su raza.

Ya estaba sordo, como Beethoven, cuando compuso la novena sinfonía, y todavía dijo grandes discursos. Y sordo y viejo, era escuchado en silencio profundo. Todas las cabezas se inclinaban para oírlo mejor, desde los jóvenes recién llegados de las provincias hasta los viejos senadores de la República, como los discípulos de Jesús en la cena de Leonardo.

El drama de un pueblo está en encontrar a su jefe y su tragedia en haberse equivocado. El signo de ese hombre hallado debe ser su abnegación. La idea de servicio y sacrificio debe ser la esencia del hombre público en la democracia. No debe creerse predestinado ni ungido, ni ser mesiánico; eso lo desviará; debe ir simplemente a llenar una función concreta y humana. Desde que se crea enviado, está perdido.

Para no desesperar en política no hay que esperar demasiado. Las cosas van más lentas que nuestros deseos y caemos en la desesperanza; entonces pedimos el amo, el que nos manda como a cadáveres. Son crisis nerviosas de los pueblos débiles, que han perdido la fe en sí mismos. Sin duda lo primero es la paz, la de afuera y la de adentro, pero hay otros valores esenciales que no deben ser sacrificados. Uno de ellos es la libertad. Sarmiento fue su paladín. "Todos los tiranos llevan mi marca", dijo. Y alguien agregó: "Todas las escuelas llevarán su nombre". Es que a él la libertad le venía de adentro y siempre fue un hombre libre, no un liberto. No tenía esas trazas de viejas servidumbres que algunos conservan indelebles como equimosis de argollas serviles.

Dijo Lord Russell: "Cuando se me pregunta si una nación está madura para la libertad, yo respondo: ¿hay un hombre que esté maduro para ser déspota?"

Sarmiento era el reverso de un místico, quería ver y tocar. En este sentido era un sensual. Las ideas para él tenían uñas, pelos y dientes. El peleaba por una idea o contra una idea, materialmente, como un boxeador.

La primera necesidad era instalarse en la incómoda e inmensa heredad, y Sarmiento fue el político de la instalación.

Fue un sostenedor, hace 150 años, del voto secreto en lo que insistió hasta su vejez y no lo espantaba, la participación de la mujer en la política. Era analítico y preciso, pero tenía una poderosa imaginación y superveía las entrelíneas, alcanzando las grandes síntesis. Los hombres de genio son por lo general espíritus sintéticos.

Porque había llegado a la heroica sinceridad, profetizaba; pero su país era tan joven y fuerte que corría más veloz que sus profecías.

Vive cómodo en su siglo. Comprende los cambios y las novedades. Percibe la esencia y la apariencia de las cosas. Importa sabios y sementales y hace una segunda colonización de América.

Buscaba la utilidad; admiraba al mar como vehículo. Pero la utilidad social, no su provecho ni el dinero. Era algo sistemático; tenía esa tara del siglo; alineaba los hechos como soldaditos de plomo para formar batallones desgonzados que se deshacían con una miga de pan. Su falta de disciplina científica lo indujo a erigir leyes anticipadas de hechos incompletos, no clasificados o mal clasificados.

Fue el mensajero de la vida nueva, pero tuvo el mérito de anunciarla desde su miseria, desde la hondura de su pozo, luchando contra todo. Trajo a este país, deprimido por la pobreza, la anarquía y el despotismo, la alegría de vivir, la unción del progreso, el optimismo. Sentía la fe infantil del primer hombre con muchos siglos por delante. Las realidades de hoy son las quimeras de Rivadavia y las locuras de Sarmiento.

Era asertivo y dogmático. No dudaba, afirmaba y ejecutaba. Veneraba la sabiduría y los sabios agradecidos bautizaron con su nombre a una mariposa, un caracol y al palo santo que perfuma los bosques de Formosa.

Cambió muchas veces, porque vivía y andaba. No imita, es él. Hay que parecerse a sí mismo, pensar sus propias ideas, vivir su propia vida y amar con su propio corazón.

No pudo aprender a mentir. El mimetismo, que es la mentira física, es un recurso de la debilidad, explicable y a veces justificable, que la naturaleza practica para defender al débil. Pero el fuerte no lo necesita, no lo emplean los grandes señores de la selva.

Estaba tan difundida su fama de loco que al visitar el manicomio, los locos lo recibieron alborozados, y uno de ellos se adelantó a abrazarle exclamando: "Al fin Sarmiento entre nosotros". Pero ese desbarajuste era sólo superficial; era el desorden de sus gestos y de sus palabras, un desorden meramente exterior. En el conjunto de su obra no se percibe ese desequilibrio, al revés de lo que sucede con otros hombres políticos, perfectamente equilibrados en la apariencia y cuya obra pública lleva el sello de un desequilibrio esencial.

Era jactancioso y provocativo; sacaba la lengua y se golpeaba la boca, lanzaba su mala palabra y se ponía su penacho de piel roja, con cascabeles y plumas, carnavalesco y sublime, como un capitán de Troya.

Contribuía a cimentar la fama de su desequilibrio su popular vanidad. Tenía una vanidad proverbial y candorosa, inofensiva, juvenil y simpática que en él era un adorno y una gracia. Esa vanidad es la de muchos otros que la ocultan por débiles; pero en él correspondía a su vitalidad y a su sinceridad. Este loco estaba lleno de buen sentido. Por eso se adapta. Dentro de su inevitable rebelión de hombre superior, hay un máximo de adaptación. Su imaginación no le aleja mucho de la realidad. Cuando los oradores quieren hacer torneos en el Concejo Deliberante él los llama a la realidad: "Estamos encargados del barrido de las calles y de sacar las basuras". Su aspecto es plutónico; parece que hubiera brotado de alguna rajadura de la tierra. Tiene planta de jornalero, manos rudas, buena estatura, cargado de hombros; pero es calvo y este rasgo desorienta, no es jornalero. Moreno, simiesco por los ojos juntos, a veces sus dos pupilas estrábicas se unifican y aparece el cíclope. Cara arrugada, voz pastosa, gesto de rumiante; no es para seducir, si no fuera el torreón de la frente y dos focos que alumbran el huracán que pasa. Y otros dos rasgos lamentables de civilizado: vista cansada y dentadura postiza.

Su cara y su cuerpo son simiescos y faunescos. No es difícil imaginarlo desprendiéndose de los árboles para cometer violencias en la selva.

No era lo que se llama un hombre bien educado. Las gentes bien educadas son muy agradables, pero no siempre hacen las grandes cosas. Es rústico en la mesa, pero de exquisita sobremesa. Escuchaba con esa impertinente curiosidad de sordo, pero oía desde lejos las tormentas que se preparaban. Sabía escoger su admiración: Rivadavia, San Martín y Paz. Cuando nombraba a este último hacía la venia militar o se quitaba el sombrero.

Su franqueza es agresiva, su sinceridad insolente. Cuando le sube su noble cólera sanguínea, el gran viejo regañón usa con frecuencia la interjección nacional. Habla con desenfado, con los botones desprendidos, sin pedir excusas. Y habla sin medida. No conoce el placer refinado de callarse, pero no habla inútilmente.

Era una abeja laboriosa y brava, con fe y alegría sin miedo de vivir. No le dejaron fortuna ni instrucción; el hidalguelo de aldea partió solo con su tesoro interior. Por eso pudo entregarse todo entero a su país, sin condiciones, ni reservas, definitivamente, como en el más excelso amor.

Sarmiento es un genio latino; no pudo nacer en los países rubios donde un sol miserable carece de fuerzas para madurar las viñas y sazonar las mujeres.

Con audacia y voluntad se realizó; tuvo así la triple fortuna del héroe, supo, quiso, pudo.

Tenía esa esencial calidad del hombre público: el desinterés. El pueblo estima por sobre todas las cosas en sus dirigentes el desinterés; tiene un sentido especial para conocerlo y adivinarlo. Perdona todas las otras fallas si él cree hallar desinterés.

Siendo presidente, para dar una comida, los ministros le prestan la vajilla y los vinos. Qué pobres son sus casitas de San Juan y Asunción y su recreo de Carapachay. Qué chicas son las casas de los grandes; y qué grandes son las casas de los chicos.

Creía llevar consigo un compañero oculto que lo protegía. Sentía otra voz, que no era la suya, dentro de sí mismo. Decía que se oía. Captaba con sus grandes orejas, ondas de remotas tierras y lejanos tiempos, ondas que venían del pasado y venían también del porvenir.

Su alegría era épica y triunfal con jactancias de soldadote y egolatrías de sultán. No sonreía, reía; sabía reír. No tenía la sonrisa volteriana del labio fino, donde hay una pizca de maldad. Reía, sacudiéndose todo, hasta llorar, como los gordos sanos, con alegría faunesca. No había perdido la risa en su largo viaje.

Miraba todo con la curiosidad ingenua de sus ojos frescos. No practicaba el *nihil mirari* de los pesimistas y los snobs; se admiraba de todo y aplaudía como un marinero, sediento de emoción ante las sorpresas de la vida. Era una variante de su eterna juventud. El no conocía esa frialdad y ese silencio de eunucos ante el milagro triunfal que nos rodea. Creyó cuando nadie creía, esperó cuando nadie esperaba. No estaba hastiado de sí mismo ni fue uno de esos tristes que el Dante coloca en el infierno. A él no le gustaban las caras tristes. El hombre de batalla no debe tener la cara triste.

Sin embargo, a veces él también se deprimía, descuidaba su ropa, dejábase la barba y vagaba cabizbajo hasta que un éxito lo resucitaba.

Pero ésas eran crisis de salud. Era su magnífico demonio interior que lo sacudía. Sus heridas cicatrizaban con rapidez. En el hombre sano las heridas cicatrizan pronto. Esta fuerza vital le da entereza y seguridad. No teme errar, no vacila, no duda, está seguro como Colón de encontrar tierra. No dice “quizá”, “tal vez”, ni otras palabras ambiguas de los débiles. El dice “sí” y dice “no”.

Su audacia es frenética, su esperanza obcecada. Dice que “debe hacerse la guerra alegremente”, y combate cantando como un guerrero antiguo. Creyó en todo y más que nada en sí mismo. Tenía que ir muy lejos con esa fe de aviador que no piensa en la rotura de sus alas. La locura de su fe abrasaba como un incendio. Erale necesaria para luchar contra el peso muerto de la duda y la ironía.

Ese magnífico optimismo de los argentinos, que tanto debe a Sarmiento, es la cualidad más rica de nuestro pueblo, que lo hace a veces imprevisor y despilfarrado; pero que también le da la osadía, el arrebato y la fuerza de avance hacia el porvenir.

La miseria y el dolor le habían arrugado y encanecido prematuramente; era un viejo a los treinta años. Pero a los setenta fue joven y alegre. Es el milagro del espíritu. Este joven de 70 años lucha a la cabeza de la juventud. Esa frescura de alma proviene en parte de que sabe olvidar y perdonar. No por virtud, sino por salud. Porque no es un virtuoso, aunque tiene “virtudes”. Tuvo virtudes y suerte; no hay genio que resista a la mala suerte. Por eso Napoleón exigía haber tenido suerte para otorgar el comando.

Gastaba con las señoras zalamerías de castellano viejo. Y también se peleaba con ellas. Las mandaba a la barra del Congreso para educar a los oradores con su presencia.

En su ilusión de inexperto, creía subyugarlas con sus ojos tristes. ¿Cómo podía interesar Sarmiento, hosco, feo, rústico, que comía ajos y cebollas, a esas mujeres románticas y pálidas que se alimentaban de “cabello de ángel” y “budín del cielo?”

El amor le ha llevado el tiempo indispensable; no fue la tarea de su largo vivir. Se conservan dos o tres cartas suyas, algo cursis; era el tiempo en que el amor se escribía largamente para diversión de la posteridad.

Sarmiento no tenía la voz del amor; su voz no se había pulido en oídos delicados. No sabía seducir a la multitud ni a la mujer. Faltaron grandes mujeres, a su lado; las grandes mujeres que domestican y educan a los grandes hombres. Pero varias se acercaron a enjugarle el rostro después de la batalla. Y alguna lo esperó. Al final de los grandes caminos de la vida, suele esperar una mujer.

Su ternura por los animales, los niños y las flores lo acercan a Jesús y San Francisco. Defiende todo lo que es débil, útil y bello. Esta exaltación armoniosa de su vida hace de él un hombre del Renacimiento que ha encontrado el sentido de la creación y cae de rodillas ante la maravilla que contempla.

Nunca fue blondinesco, ni palaciego. Con una valija y dos mudas de ropa tomaba el camino del destierro y salvaba su decoro; conocía bien ese camino. Nada podía asustarlo ya. Todo el oro del mundo no era bastante para torcerlo. Se respira fuerte sobre esta cumbre moral.

Todo su tesoro lo tiene adentro; nadie podía robárselo. Su pobreza salvadora de predestinado lo defendía; pero no era la indignancia deprimente del mendigo sino la del león en la selva.

La posteridad se interesa mucho, hoy más que nunca, en los detalles del hombre físico que encierra un alma genial. Generalmente esta curiosidad queda defraudada. El estuche suele ser miserable. El hombre que lleva la linterna no es visto en la noche, sólo su luz tiene interés y se divisa; la mano que la lleva queda invisible, es una mano como todas. El hombre de genio casi siempre decepciona en la intimidad; es su proyección en el espacio y en el tiempo lo que le da el relieve.

Recordaré el axioma persa que Sarmiento gustaba repetir: Le preguntaron al cultivador: “¿Para qué plantas nogales, si no comerás sus frutos?” Y él respondió: “Para pagar mi deuda a los que plantaron los nogales cuyo fruto he consumido.” El hombre de genio es un plantador de nogales. Sarmiento los plantaba.

Parece que la civilización tiende a fraccionar el genio, como los latifundios, ¿acaso el genio no es un latifundio? y que valieran más varios hombres medianos que un hombre superior para las nuevas condiciones de la asociación humana, sustituyéndose la calidad con la cantidad. El genio político ha pasado ahora de las unidades fuertes a la masa por un proceso de democratización natural. Por eso el problema sarmientesco de educar al soberano, se ha hecho cada vez más urgente.

Los grandes hombres no tienen parientes porque lo mejor de ellos mismos no se transmite, se devuelve a la especie. El heredero sólo recibe un nombre, una nariz, o un palacio; pero el fuego divino se apaga con él o pasa a otros, a los verdaderos hijos de su espíritu.

En la ruptura de Buenos Aires con la Confederación, la unidad nacional es lo que más preocupa a Sarmiento, el concepto que desea salvar. Nunca tuvo el espíritu estrecho de campanario; fue un hombre de la nación, un ciudadano del mundo.

Sarmiento ha vuelto a la vida privada, si es que alguna vez tuvo vida privada; vive con su hermana y sus nietos. Riega las plantas, limpia la jaula y le pone alpiste. De la calle se alcanza a ver en el patio al viejo en mangas de camisa y con gorro negro de borlas que va y viene de su biblioteca a la pajarera. La chuña vive sobre su escritorio, es su regalona; el tordo come en su plato; y un pájaro raro

que le mandaron de las selvas del Missisipi murió de nostalgia; cantaba en voz baja, según él “como tararean las niñas cuando cosen”.

Sarmiento es definitivo. Hace poco se dijo que un gran museo estaba amenazado por un hongo desconocido que roía sus cimientos. Los argentinos no consentiremos que ningún hongo, conocido o desconocido, raje la torre sarracena de Sarmiento. ¿Cómo vamos a permitir que por novedad o snobismo, se nos quiera suprimir a estos hombres que son nuestro capital moral en las horas difíciles, el encaje de oro de reserva para responder por tanto papel sin valor?

A la edad en que otros amargan con sus reproches, él seguía en la brega, y ya puesto su sol, a los 76 años, continuaba luchando a la luz de las estrellas, y su última obra fue hacer surgir el agua de la tierra, como si eso fuera el símbolo y el resumen de su vida fecunda. Y como vivió con plenitud hasta su último día, no sintió el dolor de sobrevivirse. Se libró de todas las taras seniles, del erotismo, la tristeza y el aburrimiento. La presencia en un país de los ancianos ilustres que han servido a la patria, da una sensación de tranquilidad y de respeto. Es como la presencia de la vieja abuela en un rincón del comedor, cerca de la estufa.

Saluda sin egoísmo de viejo a los nuevos que llegan. Se estremece todo cuando aparece Ameghino como si hubiese descubierto un mundo. Hace ministro a Avellaneda de 31 años. Al frente de la nueva generación lucha a los 76 años por las nuevas ideas y los nuevos tiempos, como si quisiera repetir la vida. Esta fue corta para su larga empresa. Escribió más que Voltaire y vivió más que Renán. Tenía una organización de centenario, según Burmeister. Murió a los 77 años, pero está redivivo a los 200. Era algo viejo cuando joven, pero fue muy joven cuando viejo. Y fue tan luminoso su ocaso, que no se sabía bien, como en el balcón de Julieta, si era el ruiseñor o la alondra que cantaba, si era un día que terminaba o una aurora que nacía. Su vejez fue limpia, sana y alegre.

Se equivocaba con frecuencia, pero volvía siempre a la verdad, caía a la huella. En él todos los errores conducían a la verdad. Porque su centro de gravedad estaba dentro de sí mismo; oscilaba como un loco, pero volvía a su centro como un péndulo.

La sinceridad es una cualidad esencial de los verdaderos héroes. Por eso pudo llegar al fondo mismo de las cosas, poniendo su oído sobre el corazón de la tierra palpitante.

Llegó en el momento necesario, como si estuviera anunciado por las profecías.

Le gustaba volar entre los truenos y los relámpagos, como una grande ave de tormenta, como un albatros.

Al partir el barco, en su último viaje, dirigió a la ciudad desde la borda la despedida del gladiador: “morituri te salutant”. Pero, también como el gladiador, él iba a luchar todavía antes de morir.

Llegó a pensar en sus últimos días que su patria no recibiría “sus viejos huesos”, pero éste fue un refunfuño de niño mimado. Bien sabía ya entonces el lugar que ocupaba y que las multitudes antes esquivas desfilarían más tarde bajo su arco de triunfo.

En Asunción trabajaba como un jornalero. Pocos días antes de morir brotó el agua del pozo que había hecho cavar a 30 varas de profundidad. Para celebrar el hallazgo hizo enarbolar las banderas argentina y paraguaya.

Y llegó la hora de partir. “Siento que el frío del bronce ya invade mis pies”. Es la estatua que comienza. “Ponme en el sillón para ver amanecer”. La luz llegó a través de las palmeras, perfumada por los azahares.

El ocaso de Sarmiento se confundió con la aurora que nacía. Pudo decir él también: “Mi vida llega a su término; ha alcanzado su perfección. Ya se ha consumado”. Muere con la pompa de un sol en el mar.

Pero rápidamente, como para no perder tiempo, sin larga enfermedad, sin agonías sucias.

Respetando un deseo suyo, su cadáver fue envuelto en las banderas de su país y de Chile, Paraguay y Uruguay. Su féretro partió a la patria sobre los grandes ríos de América y llegaban hasta el muerto los profundos rumores y los perfumes violentos de las florestas que atravesaban. En el trayecto hubo que desembarcarlo varias veces por exigencias de los pueblos que querían tributarle honores funerales. Y llegó por fin a su destino. Sus restos entraron triunfales a la ciudad, el 21 de septiembre de 1888, junto con la primavera.

Allá va la columna, anunciada por él hacia más arriba, “entre el polvo de los pueblos en marcha”, guiada por la bandera que él consagró con la más alta de sus oraciones. Va el gran capitán, cuya gloria se santificó en el largo silencio del exilio; Belgrano, la virtud más segura de la revolución; Rivadavia, el sembrador y el anunciador; Moreno, que era el fuego, y Mitre que fue la luz, la luz de la noche y la tormenta; los tres López, el que cantó la hazaña, el que la contó y el que la explicó.

Y van los frailes; los 29 frailes que firmaron el acta de la Independencia, el sabio Deán de Córdoba, el obispo Oro que con Anchorena combatió la reacción monárquica; y el fraile Esquíu que ungió la democracia nueva con su bendición republicana.

Va el mártir de Metán, cuya sangre se hizo llama en la boca elocuente de su hijo. Juan Lavalle, que se entregó a la patria todo entero, desde los 14 años hasta su muerte, la voluntad más porfiada, la altivez más altanera; cuyo cadáver descarnado sobre una mula seguía luchando contra los buitres del tirano en el vía crucis del Alto Perú. El manco Paz, a quien Napoleón habría hecho mariscal y príncipe sobre el campo de batalla de Austerlitz. Urquiza, el libertador, que se venció y se encontró a sí mismo, transfigurándose de señor de su provincia en prócer de la nación. Y Vélez, el astuto y fino cordobés que organizó nuestra vida privada, con su régimen sagaz, como un artista del derecho.

Van los sabios y los poetas. Ameghino y Vucetich. Echeverría, Mármol, Andrade, Ricardo Gutiérrez, Guido Spano, José Hernández y Almafuerie. Va Alberdi solo con “Las Bases”. Del Carril y Rawson, Rawson cuya virtud asombró a Mitre. Los constituyentes del 53 y la pléyade brillante de los hombres del Paraná. Van Pueyrredón, Güemes, Guido, Dorrego y Alvear, el Alvear de Montevideo e Ituzaingó. Los creadores de ciudades: Dardo Rocha. Los oradores mágicos y los escritores artistas: Don Bernardo, Adolfo Alsina, Quintana; Del Valle y Cañé; Eduardo Costa y Wilde; Estrada, Goyena y Achával Rodríguez; Leandro Alem; Groussac, Magnasco. Y los jefes de estado que pilotearon la nave y la condujeron al puerto, Avellaneda, Roca, Pellegrini, Sáenz Peña. Van nuestros médicos abogados, aquellos que tuvieron ciencia y tuvieron conciencia; los jueces que no se doblaron; los plantadores de viñas y cañaverales, los fundadores de industrias, los constructores de caminos. Van las nobles mujeres, a quienes corresponde por lo menos la mitad de la gloria de sus hombres. Las nobles mujeres que los ayudaron a llevar la cruz y se contentaron con un beso en el día de la victoria. Las mujeres de caridad y sacrificio, las manos buenas invisibles que acarician la frente atormentada; las que llegan en punta de pie a la cabecera del dolor y se retiran en silencio a la penumbra, sin recompensa, resignadas, magníficas, desconocidas, pero que han ganado su natural espacio.

Van aquellos ingleses, que suprimieron con los rieles el desierto y nos trajeron la honradez de sus productos y el honor de su palabra; el irlandés que depuró las ovejas, el catalán sembrador de maíz, y el vasco honrado, fuerte y hermoso, que ha embellecido nuestra raza. Van los rudos labradores de Alessandría y de Forlí; y el moreno abruzés de bronce, que en las mañanas de otoño han surcado la tierra argentina, nimbados de gaviotas, para darnos el pan nuestro de cada día. Y todos los otros, los que vinieron a traernos sus dolores fecundos y han amado nuestra tierra.

Y van los gauchos, la carne de cañón, los que marcaron con sus huesos todas las rutas militares de la república, para conquistar la independencia, la libertad y el orden, para contener al indio y ocupar el desierto; las glebas dolientes de los gauchos que vivieron ignoradas y se fueron en silencio.

Van todos los que sembraron la tierra, y refinaron los ganados, los maestros y los capitanes, los que padecieron por la libertad y la justicia, todos los que nos dieron ejemplo y nos hicieron mejores,

aquellos que evocamos en las horas de la aflicción y del peligro, los que nos siguen enseñando y nos siguen mandando desde sus tumbas.

Van todos los obreros ilustres y los obreros desconocidos de nuestra grandeza. Y en medio de la caravana de cien millones de argentinos, por él soñada, va el viejo loco, de grandes orejas y labios gruesos, gesticulando, y conduciendo la columna sagrada hacia su destino triunfal.

Bibliografía

Aguilar, Félix. "Sarmiento, precursor de la astronomía en la República Argentina", En: *Revista Humanidades*. La Plata, UNLP, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1938 26.

Albarracín, Juan Carlos. *Memoria del Ministro de Instrucción Pública al Congreso de la Nación*. Buenos Aires: La Unión, 1873-1874.

Avellaneda, Nicolás. *Escritos y discursos. Memorias ministeriales. 1867-1873*, t. 8. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1910.

Babini, José. *Historia de la ciencia argentina*. México: FCE, 1949.

Babini, José. *La evolución del pensamiento científico en la Argentina*. Buenos Aires: La Fragua, 1954.

Besio Moreno, Nicolás. *Sinopsis histórica de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de la enseñanza de las matemáticas y de la física en la Argentina*. Buenos Aires: Edición de autor, 1915.

Besio Moreno, Nicolás. "Sociedad Científica Argentina. Reseña Histórica", En: *Archeion. Archivo de Historia de la Ciencia*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 1943 25.

Bunkley, Allison Williams. *Vida de Sarmiento*. Buenos Aires: Eudeba, 1966.

Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento. *Sarmiento: Cincuentenario de su muerte. Discursos y escritos (en la Argentina)*, t. 1, con advertencia de Ricardo Levene, Presidente de la Comisión Nacional. Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1939.

Chaudet, Enrique. "La evolución de la astronomía en los últimos cincuenta años (1872-1922)", En: Sociedad Científica Argentina. *Evolución de las ciencias en la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Coni, 1926.

Dassen, Claro. "Las matemáticas en la Argentina", En: Sociedad Científica Argentina. *Evolución de las ciencias en la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Coni, 1924.

Doello Jurado, Martín. "Sarmiento y la ciencia argentina", En: Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento. *Sarmiento: Cincuentenario de su muerte*, t. 1. Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1939.

Gálvez, Manuel. *Vida de Sarmiento. El hombre de la autoridad*. Buenos Aires: Tor, 1957.

González, Joaquín V. *Obras completas*, t. 15. Buenos Aires: UNLP, 1935.

Ghiano, Juan Carlos. "González y la Universidad de La Plata", En: *Universidad "Nueva" y ámbitos culturales platenses*. La Plata, UNLP, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Letras, 1963.

Hicken, Cristóbal. "Los estudios botánicos", En: Sociedad Científica Argentina. *Evolución de las ciencias en la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Coni, 1923.

Halperín Donghi, Tulio. *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba, 1962.

Herrero Ducloux, Enrique. "Las ciencias químicas", En: Sociedad Científica Argentina. *Evolución de las ciencias en la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Coni, 1923.

Leguizamón, Onésimo. *Memoria del Ministro de Instrucción Pública al Congreso de la Nación*. Buenos Aires, 1875, 1876 y 1877.

Lorentz, Paúl. "Informe del catedrático de botánica". En: *Memoria del Ministro de Instrucción Pública al Congreso de la Nación*. Buenos Aires, 1873.

Loyarte, Ramón G. "La evolución de la Física", En: "Sociedad Científica Argentina. *Evolución de las ciencias en la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Coni, 1924.

Lugones, Leopoldo. *Historia de Sarmiento*. Buenos Aires: Eudeba, 1961.

Martínez Estrada, Ezequiel. *Sarmiento*. Buenos Aires: Argos, 1956.

Palcos, Alberto. *Sarmiento: La vida. La obra. Las ideas. El genio*. 3a. ed. Buenos Aires: Emecé, 1962.

Pastore, Franco. "Nuestra mineralogía y geología durante los últimos cincuenta años", En: Sociedad Científica Argentina. *Evolución de las ciencias en la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Coni, 1925.

Pinero, Norberto y Bidau, Eduardo. "Historia de la Universidad de Buenos Aires", En: *Anales de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1888.

Melo, Carlos R. *La Universidad de Córdoba*. Córdoba: Universidad Nacional, 1963.

Rojas, Nerio. *Psicología de Sarmiento*. Buenos Aires: Kraft, 1961.

Rojas, Ricardo. "La Personalidad de Sarmiento" En: Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento. *Sarmiento: Cincuentenario de su muerte*, t. 1. Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1939.

UBA. *Universidad Nacional de Buenos Aires. 1821-1910*. Buenos Aires: Imprenta Tragant, 1910.

Zubiría, José María. *Sarmiento. Estudios sobre política argentina, 1868-1874*. Buenos Aires: Imprenta Coni, 1889.